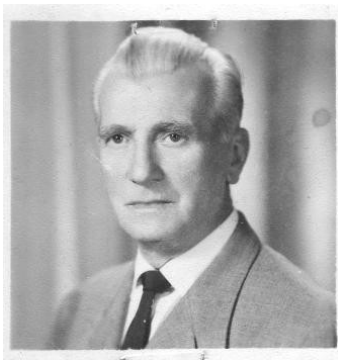


## SEPARATA DEL LIBRO "POLENTA" de Mauricio Belmonte Pijoán



El destacado constructor piomontés Enrico León. Archivo: Ernesto León Del Castillo, 2006.



El pequeño Enrico y su mascota cuando todavía disfrutaba de los años pueriles en Turín.



Los hermanos León, Edda y Ernesto. Archivo: Ernesto León Del Castillo, 2006.

### ENRICO LEÓN: ESE INMIGRANTE QUE SE HIZO CONSTRUCTOR

Casi todas las grandes ciudades tienen incrustadas en el corazón de sus principales arterias un punto o lugar invariable de referencia. Da lo mismo si son grandes o chicas, si están sobrepobladas o apenas llegan a la centena de habitantes, si se hallan a orillas del mar o ubicadas sobre la cima de una montaña. Incluso en las aldeas extraviadas en la selva o en los villorrios olvidados del altiplano se presenta indefectiblemente esta situación. Todos los habitantes saben de la existencia del sitio y acuden a él –las más de las veces– para cumplir una cita, organizar una reunión o emprender una actividad cualquiera. Lo cierto es que el lugar sirve como punto de partida y al mismo tiempo de llegada. “De aquí salimos y también aquí llegamos” suelen decir quienes organizan algún evento valiéndose del sitio en cuestión. Y a estas peculiares características no podía escapar el concurrido obelisco de la ciudad de La Paz. Erguido en un principio con la finalidad de incrementar la ornamentación moderna de la Sede de Gobierno<sup>1</sup>, este famoso monumento conmemorativo de 25 metros de altura, es hoy en día escenario estratégico para ubicar al visitante y su silueta piramidal guarda en silencio los relatos urbanos de los paceños. Las cuatro caras iguales de este espigado pilar, elaboradas con cemento y cascajo de mármol, han retenido durante los últimos treinta años episodios diversos de la historia boliviana, y sus frías paredes blanquecinas observan impasibles el crecimiento desmesurado de las edificaciones actuales. Construcciones que, no está demás decirlo, enclaustraron su entorno impidiéndole la visión hacia el sur de la urbe. A sus pies tampoco halla reposo. La cantidad desmedida de vehículos le tienen angustiado con los atascos permanentes, contaminándolo todo a su paso y, para colmo, su honor no está libre de sufrir menoscabo. La mano delictiva también hizo su contribución infame dañando sus capas de superficie lisa con pinturas de aerosol. Pese a ello, el obelisco todavía se halla en pie. Sin claudicar y dispuesto, incluso, a someterse a cualquier tipo de examen. Como aquel que le practicaron en el mes de septiembre del año 2006, cuando un equipo de restauradores y encargados de laboratorio impidió la demolición del monumento al encontrar en sus análisis muestras fehacientes de la calidad y durabilidad del material con el que se irguió el ornamento. Además, la técnica utilizada para levantar la obra corresponde a aquellos procedimientos de construcción con reminiscencia romana usados comúnmente en Europa durante el siglo XIX<sup>2</sup>. Entonces, este sitio tradicional de encuentros concertados y citas anheladas guarda

<sup>1</sup> Con el propósito de ver flamear la enseña patria en lo alto, Enrique Alcoreza, Prefecto del Departamento de La Paz, impulsó la construcción del Obelisco en el centro de la ciudad. La Constructora León entregó este monumento en 1944. Cf. Carlos Gerl/Randy Chávez, *Patrimonio escultórico público de la ciudad de La Paz, (La Paz)* Gobierno Autónomo Municipal de La Paz 2010, p. 117.

<sup>2</sup> Del “Informe Técnico” presentado por Roberto Montero y María Del Carmen Amusquivar al Director General de Patrimonio Cultural, Lic. David Aruquipa, La Paz, 2 de octubre de 2006.

su propia historia en el más recóndito de sus rincones pétreos, en un lugar oculto que sólo la mente hábil de Enrico León conocía.

Proveniente de Turín, este audaz viajero llegó a Bolivia a comienzos del siglo pasado preparado para depositar todo su esfuerzo y talento en la primera actividad que se le cruzara en el camino. Y no tuvo que esperar mucho para emplearse como instructor de jinetes en la escuela de equitación del ejército. Ocupación que desempeñaba con destreza y pasión dado su inagotable amor a los caballos. Sujetando con firmeza las riendas de su corcel, el piemontés pasaba las jornadas impartiendo sus conocimientos hípicas a los pupilos militares. Aunque se encontraba a gusto y se divertía a granel galopando constantemente, Enrico abandonó las clases dispuesto a incursionar en el ramo de la construcción caminera. En ese tiempo las rutas provinciales de Bolivia eran prácticamente inaccesibles para el viajante y se necesitaban semanas enteras para cubrir distancias mínimas entre regiones colindantes. Hacer un viaje hacia la fascinante zona montañosa de Los Yungas de La Paz era emprender una acción más que temeraria. La ascensión empinada y hostil de la cumbre demandaba esfuerzos infinitos tanto para animales de carga como para los propios motores de los vehículos, y el súbito descenso hasta la zona subtropical se presentaba tortuoso y en algunos casos mortal para los viajeros. Las rutas angostas y serpenteantes rodeaban la montaña descubriendo en sus bordes la boca aterradora de un abismo infinito, del cuál difícilmente se podía llegar a observar la profundidad. El piemontés midió su temperamento antes de lanzarse tras la aventura y, una vez analizados, los pros y contras que demandaría la arriesgada empresa, partió decidido hasta la provincia de Sur Yungas. Allí luchará cara a cara contra el monte y sus aliados, tratando de doblegar la voluntad de la naturaleza. Durante meses verá como los trabajadores –cientos de soldados paraguayos capturados en plena conflagración del Chaco– limpian los senderos de selva y rocas a base de pico, pala y dinamita. Enrico supervisa y construye la vía Chulumani-Puente Villa, mientras que otro italiano, amigo y colega suyo, Giovanni De Col, enlaza extremos armando puentes sobre los ríos. Ya instalado en la plácida región de Chulumani Enrico edificará la prefectura y al mismo tiempo introducirá la ornamentación urbana en el pueblo, dejando como recuerdo de su permanencia un obelisco de dimensiones pequeñas. Construir no fue nada fácil y más aún en las condiciones en las que trabajaba. Sin embargo, los primeros frutos del árbol plantado fueron dulces al paladar y permitieron consolidar la Empresa Constructora León. Enrico poseía finalmente un nombre dentro de la sociedad paceña y sus servicios eran requeridos a toda hora y en diferentes lugares. En la zona de Miraflores levantará caserones residenciales cubriendo cuadras extensas desde la calle Díaz Romero hasta el parque Triangular. En este mismo barrio paceño construirá el edificio del cine Miraflores dotando de sobriedad y modernismo a cada una de sus obras. Esto le permitirá adjudicarse trabajos para la comuna. Entre las obras encomendadas a la prestigiosa constructora se encuentran: el edificio de Yacimientos Petrolíferos Fiscales Bolivianos, la construcción del inmueble de EMUSA, el local del Cine 6 de agosto en el barrio de Sopocachi y el obelisco que adorna el centro de la ciudad. La calidad del trabajo y la exquisitez de su acabado arquitectónico le valieron reconocimientos diversos, distinguiéndose entre ellos los cinco premios a la “mejor construcción del año” que le concedió la Alcaldía de La Paz.

Sintiéndose mejor que en su propia tierra, Enrico disfrutaba de los beneficios que su esfuerzo y sacrificio le otorgaban. Ahora montaba los caballos que él mismo adquiría de los mejores establos de Sudamérica, y como su amor a los animales era inmenso, tenía en su residencia toda una jauría de perros de diversa casta y origen. Siendo los boxers sus cachorros preferidos. Pero en la residencia había espacio suficiente para guarecer el cariño abnegado que siente un padre por su descendencia. El piemontés dedicaba horas enteras de su tiempo libre al cuidado y consentimiento de sus hijos Edda y Ernesto, pequeños que nacieron de su matrimonio con Amalia Del Castillo. Enrico León tuvo tiempo todavía para construir más residencias privadas o refaccionar inmuebles públicos. Él se encontraba presto a servir cuando las autoridades ediles necesitaban de su auxilio. Así fue hasta que la salud le solicitó urgida un cambio de destino para apaciguar los males que empezaban a invadir su cuerpo. El destacado constructor de Turín se traslada al Perú y es en la ciudad de Lima donde fallece dejando huellas palpables de su paso por Bolivia.